

Giambattista Vico y la "Scienza Nuova"

Genaro Godoy

Es la **Scienza Nuova** de Giambattista Vico la obra cumbre de sus afanes filosóficos y, que así lo entendía también el filósofo napolitano, lo demuestra la preocupación, varias veces manifestada, de que podían perderse todas sus obras, que no son pocas, con tal que se hubieran salvado y le sobrevivieran los "cinco libros alrededor de la naturaleza común de las naciones".

A la meditación necesaria para su composición había Vico dedicado los años que van, sobre poco más o menos, desde 1694 a 1717 o 1718, es decir, unos veinte años, y otros veinte a escribirla, ampliarla y corregirla.

Después del largo período de incubación de su pensamiento, creyó Vico llegado el momento en que, llevado de la mano por la Divina Providencia, que era Vico ferviente católico, había logrado por fin encontrar los principios fundamentales de una ciencia nueva que debía poner sobre nuevas bases todo el saber humano. Compendio, podríamos decir así, sus principios en la **Sinopsis del Derecho Universal**, a la que siguieron, a corta distancia de tiempo, **De uno universis iuris principio et fine uno** y el **De constantia iurisprudentiae**, dividido en dos partes: **De constantia philosophiæ** y **De constantia philologiæ**. En la primera de estas dos partes ahora nombradas se anunciaba formalmente la **Scienza Nuova**.

Vico podía considerarse satisfecho: su largo y doloroso esfuerzo de pensador, sostenido durante tantos años en medio de penalidades domésticas que habrían abatido a cualquiera; ante la indiferen-

cia de sus colegas de la Universidad de Nápoles, que le habían negado el acceso a una cátedra de mayor categoría que su modesta cátedra de retórica; habiendo tenido que adaptarse, para subvenir a sus más urgentes necesidades, a enseñar los primeros rudimentos del latín y de la gramática a los hijos de los nobles y de otros que no lo eran, pero que podían pagarse el lujo de un preceptor a domicilio: todo este largo calvario de penalidades podía darse por terminado y el esfuerzo necesario para soportarlo, por bien empleado.

Quienquiera que haya tenido en sus manos, con el olor fresco aún de la tinta de imprenta, un libro propio, aunque no piense que ha hecho una obra maestra, puede comprender la emoción del oscuro profesor de retórica al contemplar el primer ejemplar de su obra que él sabía ser revolucionaria e innovadora: ahora el mundo sabría verdaderamente a qué atenerse acerca de su propia historia, de sus orígenes sobre los que habían corrido siempre tantas y tan absurdas leyendas; ahora sabría finalmente qué era aquello que realmente sabía y qué era lo que realmente ignoraba.

Los poderosos que él había debido cortejar siempre, dadas las condiciones de los tiempos y dada su propia espantosa miseria, le habrían tratado finalmente como a un igual. También habrían hecho lo propio aquellos otros poderosos del mundo, los sabios como Isaac Newton, que llenaba el mundo con su fama, y le habrían aceptado en su

sociedad y compañía, que era la única que verdaderamente ansiaba.

Pero nada de esto pasó. Nadie volvió la cabeza al verlo pasar por las callejas de Nápoles, ningún noble señor le brindó su amistad y protección: siguió siendo el olvidado profesor de retórica. Los pocos que lo leyeron lo encontraron aburrido, lo tuvieron por loco y pedante. Algún amigo, queriendo hacerle cosa agradable, le escribió diciéndole que encontraba más interesante tal o cual escrito de ocasión que la **Scienza nuova**.

Comenzaba para Vico la tenaz conspiración del silencio, que ni aún hoy puede decirse que haya terminado. ¿Malevolencia acaso contra el hombre modesto que en su vida le hizo o le quiso mal a nadie? No, ciertamente, no.

Efecto de las condiciones de los tiempos y de la escasez de comunicaciones entre el sur de Italia y el resto de Europa, en tiempos de la vida de Vico, y efecto de una auténtica y genuina flojera mental, en tiempos posteriores y muy cercanos a nosotros.

Porque ¿qué necesidad hay de cambiar la fecha que corre por todos los manuales de la filología clásica y que hace coincidir el nacimiento de la filología clásica con la fecha de inscripción en la Universidad de Göttingen de un alumno que se llamaba Federico Augusto Wolf, el 8 de Abril de 1777?

De nada ha servido decir que, "en esa misma universidad", jóvenes se habían inscrito como estudiantes de filología en 1774, 1770, en 1764, en 1751 y, todavía más, en 1749, cinco años después de la aparición de la segunda **Scienza Nuova** de Vico. No ha servido de nada: la flojera mental de ciertos filólogos seguirá atronando los aires y afirmando que Wolf, y sólo Wolf, es el fundador de la filología moderna. No llegan a decir que es el fundador de la filología, "tout court", porque Suetonio dice por ahí, en un lugar olvidado, que Eratóstenes fué

el primer filólogo entre los griegos. Menos mal.

Cuando se le dijo a Wolf que un oscuro italiano había enunciado en su obra la **Scienza Nuova**, principios muy parecidos a los que él enunciaba como principios revolucionadores del estudio y de la consideración de Homero, negó conocerlo, y esto muy bien puede ser cierto. Pero lo que también es cierto es que la obra de Vico había penetrado hasta esas latitudes sin permiso del señor Wolf y muy bien algunas de sus ideas, que se habían propagado en el ambiente, pudieron haberle influenciado, aún sin que él lo supiera. De todas maneras, justo es reconocerlo, Wolf leyó a Vico y, naturalmente, no lo entendió y se refirió a su obra con toda su teutónica modestia.

Han pasado de esto muchísimos años. De las fantasías de Wolf y su escuela bien poco es lo que queda que sea digno de seria consideración, y el punto de vista sostenido por Vico conserva en cambio toda su validez y la antigua tradición merece, después de todo, muchísima más fe que todas las arbitrarias conjeturas a gran orquesta de Wolf y de los que vinieron después de él. Pero, a Vico ¿quién lee? ¿Los filólogos?

No. No lo leen, a pesar de que nadie ha fundamentado mejor que él la dignidad de su ciencia ni trazado mejor sus fronteras. Yo creo que ningún monarca ha dado a uno de sus nobles mejor y más limpia patente de nobleza que lo que él nos diera: "La **Filosofía** contempla a la **Razón**, de donde viene la **ciencia de lo verdadero**: la **Filosofía** observa la **Autoreidad del Arbitrio humano**, de donde viene la **Conciencia de lo cierto**. Esta dignidad (este axioma —nota mía—) define a los **Filólogos** como a los **Gramáticos, Históricos, Críticos**, que se han ocupado alrededor del conocimiento de las **Lenguas** y de los **hechos de los pueblos**, tanto **en casa**, a saber, **las costumbres y las leyes**, como fuera a saber, **las**

guerras, las paces, las alianzas, los viajes, los comercios".

¿No parece lo que antecede un bello escudo de armas, bien claro y bien dividido en cuarteles?

No todos entienden hoy que la verdadera cuestión homérica no es una mezquina cuestión acerca de quien ha compuesto éste o aquellos versos. Y no es tampoco un pedestre problema de sociología descriptiva. Vico quería que abriéramos el ánimo, de par en par, al vuelo de las águilas de la soberbia potencia que concibió tan grandiosas creaciones. llámese Homero o Fulado de Tal. Vico quería acabar con la dorada y multibordada pedantería de los Boileau. Pero sus palabras cayeron en el vacío y después de un Boileau, que **malgré tout**, era un gran señor, vinieron los Wolf y los Lachmann que la emprendieron contra Homero, como si ellos hubieran sido escarabajos estercorarios y la Iliada y la Odisea algo que había que enterrar a toda prisa.

Vico, al formular el problema del descubrimiento del verdadero Homero, se proponía tres cosas: primero que nada, reivindicar el valor de la poesía homérica frente al juicio peyorativo que de ella habían dado el Renacimiento y el Neoclasicismo. Estos no se habían atrevido a negarla como poesía, pero la habían considerado una poesía rústica, tosea y de un gusto dudoso. La poesía virgiana, eglógica, con sus pastores, que uno diría muy empolvados y peinados, sin ese olor acre y punzante del establo, les parecía la encarnación del buen gusto y la realización de lo perfecto.

Nuestro Vico trataba, en cambio, de hacer de Homero "el padre" y "el príncipe de todos los poetas", era "el poeta bárbaro", de "una barbarie generosa". Aquí está la raíz y fuente de toda la estética moderna, cualesquiera que hayan sido los perfeccionamientos y enriquecimientos obvios que esta idea pueda haber tenido de parte de aquellos que han

tratado la materia del arte como creadores o como formuladores de sus principios filosóficos. Hay que hundir las manos y los brazos hasta el fondo del ánimo humano y de la vida de los hombres para sacar de allí, sin remilgos, aquello que es la única materia de toda poesía. Vico daba así el empuje inicial a una nueva estética, a la estética, y hacía más: formulaba una más amplia y concreta filosofía del espíritu, entregándole, como a legítimo dueño, modos, momentos y formas que antes se dejaban a un lado, como indignos de la sagrada majestad del espíritu y que, en cambio, le pertenecían y sólo en él y para él en contraban su verdadera eficacia y su auténtica importancia.

Vico y sus revolucionarias concepciones durmieron un largo sueño del que fueron a despertarle por fin, los románticos franceses. Y la cosa es perfectamente explicable.

Vico había anticipado el pensamiento romántico en forma orgánica y amplísima en su crítica del Iluminismo, o Ilustración como quieren decir algunos, cuando éste se hallaba en sus comienzos, en lo que tenía de jusnaturalismo y de cartesianismo. Vico había contrapuesto al menosprecio superficial del pasado en nombre de la "santa razón", el desarrollo de la mente humana como historia, fantasía e intelecto. Para Vico no había edades humanas deterioradas. Todas y cada una de ellas tenían su belleza y su valor propio: cada una había sido efecto de la anterior y había preparado el terreno para la cultura siguiente. La aristocracia era el antecedente de la democracia, y cada edad llegaba en el momento justo porque representaba precisamente la justicia ideal de ese momento histórico.

También el romanticismo había sido el primero en establecer una relación entre eruditos e historiadores, entre aquellos que llevan a cabo la búsqueda de los materiales y los pensadores que

investigan el sentido profundo de los hechos. Y esto hay que decirlo para honra y prez de los historiadores románticos, nadie, absolutamente nadie, lo había hecho antes que ellos. Pero esto también lo había anticipado Vico en esa fórmula maravillosa que citamos al comienzo de este artículo, en la reunión de filología y filosofía, en la conversión de lo verdadero con lo real, en la identidad substancial que existe entre las ideas y los hechos. Los hechos han llegado a ser tales porque representan una idea, y las ideas, para ser verdaderas, deben estar de acuerdo con los hechos y expresar su íntima naturaleza y verdad.

Qué más se podían querer los románticos franceses, y especialmente los históricos, que representan como nadie, en Francia, esta compenetración íntima entre Historia y Nación. Recuérdese que entonces nació "le mythe de la France" como nación guía de la nueva conciencia europea, mito que ha llegado hasta nuestros mismos días.

Jules Michelet, el gran historiador francés, recibía de manos de un desterrado napolitano que, por raro destino, debía venir a acabar sus días en Buenos Aires, Pedro De Angelis, un ejemplar de la **Scienza Nuova** y, junto con el incitamiento a leerlo, la ayuda necesaria para orientarse en su intrincada lectura. El consejo fué fecundo de los mejores resultados y Michelet llegó a hablar de Italia como "**cette seconde nourrice qui, jeune m'allaita de Virgile, et mur, me nourrit de Vico, puissants cordiaux qui tant de fois ont renouvelé mon coeur**". Michelet tradujo algunas de sus obras y preparó una edición abreviada, demasiado, y traducida de la **Scienza Nuova**.

También él se preguntó las razones del olvido en que había caído la obra del genial napolitano y, muy justamente, vió esta razón al afirmar que "**la Scienze Nouvelle**" a été si négligée pen-

dant le dernier siècle (el siglo de la Ilustración) **parce qu'elle s'adressait au nôtre**", esto es, al siglo XIX, el siglo del historicismo.

En realidad de verdad, Vico no ha dejado de hablar nunca, ni dejará e hacerlo, a quienquiera que se acerque a él con espíritu ávido de saber.

En pleno siglo XVIII, más aún, en sus comienzos, palpita en su mente algo que después se ha llegado a definir como lo más característico del Romanticismo: "**la douleur de vivre**". Se lee en el "**De Antiquissima Italorum sapientia**": "**do- leo enim, neque doloris formam agnosco meam; nullos aegritudinis animi cognosco fines; cognitio indéfinita, et quia indéfinita, homine digna est: vivida doloris idea est et illustris, ut nihil magis**". (1).

C. E. Vaughan, que cita este párrafo, se pregunta: "¿fueron estas palabras escritas a comienzos del siglo XVIII? ¿Son de la mano de Vico? ¿O de Carlyle, o de los románticos alemanes, filósofos en que Carlyle tanto se inspiró?" y, más adelante, Vaughan recuerda que también Wordsworth al hablar del dolor dice que "shares the nature of infinity". En verdad, abisma a cada rato, en la lectura de Vico, la interminable serie de anticipaciones de este pensador retraído y solitario... y desconocido.

Y volvamos a nuestro Michelet. Popularizó a Vico en Francia de tal manera que éste llegó a convertirse en el autor "a la mode" y se llegó a hablar de él como el autor "**qu'on ne peut maintenant se passer de citer**". La obra divulgativa y, podríamos decir, proselitista, de Michelet cayó en medio de ese gran

(1) "Sufro e ignoro la forma de mi dolor; no conozco algún límite a la tristeza de mi alma; es un conocimiento indefinido y, por ser indefinido, es digno del hombre: es una viviente idea del dolor e ilustre como ninguna otra lo es más".

fervor de estudios que caracterizó el período comprendido aproximadamente entre 1815 y 1830.

Durante ese período Augustin Thierry publicaba sus cartas sobre la Historia de Francia, junto con la Historia de la Conquista Normanda de Inglaterra; Amadeo Thierry estudiaba la Historia de la Galia antes de la Conquista Romana; Thiers y Mignet dedicaban sus esfuerzos al estudio de la Revolución Francesa; Guizot aclaraba los orígenes del gobierno representativo y de la civilización en Francia y Europa; Edgard Quinet traducía al francés la obra de Herder y, finalmente, Víctor Cousin se empeñaba en la divulgación en Francia de la filosofía alemana. No pueden haberse ocultado las profundas y reales anticipaciones de Kant y Hegel que podían encontrarse en Vico.

Fué la de Vico en Francia una fortuna brillante, pero pasajera: en Francia, Vico no echó raíces. Había nacido en pugna y lucha abierta contra Descartes y su **cogito**, y no podía tener mayor fortuna en el país de tenaz intelectualismo y de arraigado dualismo espiritualismo. Sus mejores huellas pueden encontrarse tal vez en Fustel de Coulanges y en su teoría sobre el origen del feudalismo.

Pero, respaldado por la autoridad de Michelet, Vico había llegado hasta nuestras tierras de la América "bárbara", para hablar como Vico. Es más, a Buenos Aires llegaba precisamente aquel patriota napolitano que había provocado el feliz encuentro de Vico y Michelet, —encuentro espiritual, bien entendido— y su nombre mismo era citado y recordado por Michelet como el de un autor de "travaux inédits" sobre Vico, y con estas credenciales De Angelis se abrió paso entre la sociedad ávida de instruirse y cultivarse que se agitaba en la capital del Plata. ¿Cuáles eran estos trabajos? Nunca nadie lo supo. No sería aventurado pensar que puede haber sido

la misma traducción al francés de la **Scienza Nuova** ya que lo único que se ha encontrado entre los papeles dejados por De Angelis a su muerte, es una traducción "in extenso" al francés del libro III de la **Scienza Nuova**, que en la edición de Michelet es uno de los más abreviados y maltratados. En este caso, la generosidad del desterrado De Angelis, fué muy grande y bien se merecería el elogio consagratorio que le dedicó Michelet.

Que Michelet haya comprendido bien el pensamiento de Vico es cosa que merece serias dudas. Ya el título mismo que le puso a su edición abreviada es bien significativo al respecto: "Principes de philosophie de l'histoire", y por esta falsilla siguieron considerándolo todos aquellos que se ocupaban de historia, de filosofía o de disciplinas jurídicas y, así, el argentino Alberdi hablaba de Vico como del primero que "había aplicado la filosofía a la historia", lo que equivale a convertir a la filosofía en una ciencia aplicada de nuevo cuño.

Definir en términos exactos, precisos, incontrovertibles y sintéticos el pensamiento exacto de Vico; enunciar y separar del lastre, que obligadamente contiene, lo que hay de original y vivificante en sus anticipaciones geniales, es cosa que no puede hacerse en un breve artículo. El autor de estas líneas se propone hacerlo, tras las huellas de sus maestros, en un estudio que se antepondrá a la traducción completa que prepara de la **Scienza Nuova**.

Sería interesante investigar la influencia que pueda haber tenido Vico sobre los historiadores chilenos. Creemos que, desgraciadamente, esta influencia debe ser muy escasa. Algo se podría encontrar en una memoria que, para optar al grado de Licenciado en Filosofía y Humanidades, compuso en Chile el refugiado argentino Vicente Fidel López y que la Universidad publicó en sus *Actas*. Fué publicada en reimpresión

en Buenos Aires, en 1943. Bien puede que por la influencia que Lastarria puede haber ejercitado sobre los historiógrafos chilenos algo haya pasado del pensamiento de Vico. Por la parte de Bello esto es punto menos que imposible, por la profunda raigambre positivista que hay en lo que se da en llamar "su filosofía". Citaré al respecto las palabras de don Domingo Amunátegui Solar en "Jesuítas, Gobernantes, Militares y Escritores", págs. 181 y 2: "No hay peor guía en la historia, —repetía don Andrés Bello, apropiándose las palabras del escritor francés Carlos de Rozoir—, que aquella filosofía sistemática que no ve las cosas como son, sino como concuerdan con su sistema. En cuanto a los de ésta escuela, exclamaré con Juan Ja-

cobo Rousseau: hechos... hechos", y aquí termina la cita.

Que la influencia de Bello sigue siendo activa lo demuestran las Historias de Chile en que, acumulando hechos... hechos... se acumulan también las decenas de volúmenes para un país que no tiene ni con mucho el profundo significado de Grecia o de Roma, donde nadie lograría escribir diez volúmenes. Y eso de citar a Rousseau para dar autoridad a una disquisición a propósito de historia merece recordarse porque nadie ha sido tan feroz con nuestros estudios como él, que dijo que la historia era el arte de escoger, entre varias mentiras, la que más se parece a la verdad. Valía la pena apropiarse del ilustre desconocido que es el señor De Rozoir, para terminar citando a Rousseau.

